

Richard Jiménez Almeida

DisTinta mirada

Poetas ecuatorianas

Ministerio de Cultura y Patrimonio

Instituto de Fomento a la Creatividad y la Innovación

2022

Richard Jiménez Almeida

DisTinta mirada

Poetas ecuatorianas

Ministerio de Cultura y Patrimonio

Instituto de Fomento a la Creatividad y la Innovación

2022

DisTinta mirada
Poetas ecuatorianas

© Richard Jiménez Almeida
Derecho de Autor UIO-061689
ISBN: 978-9942-42-161-6

© Edición: Ximena Flores Venegas
Ministerio de Cultura y Patrimonio
Instituto de Fomento a la Creatividad y la Innovación
Corrección de estilo: Pilar Cobo González
Diseño de la colección e ilustración: Julio Flores Ruiz
Investigación: Vanessa Flores Venegas y Ximena Flores Venegas

Primera Edición: mayo de 2022
Quito-Ecuador

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial
del material de este libro, sin la autorización previa de su editora.

Advertencia literaria

A las y los lectores de esta obra

Al revisar libros, antologías, repositorios y demás sitios donde se guarda la historia de la literatura ecuatoriana, encontramos páginas vacías, periodos sobre los que existen mínimas referencias, versos o nombres de pocas mujeres de letras, aquellas que en el transcurso de los años han sido olvidadas o invisibilizadas por quienes han estado a cargo de escribir sobre los y las autoras del país.

DisTinta mirada, poetas ecuatorianas es el primero de los tres productos editoriales convencionales que forman parte de una colección sobre la *presencia de la mujer en la literatura ecuatoriana*.¹ Nace con el propósito de recuperar los nombres, las vidas y los versos de las escritoras desde el siglo XVII hasta el siglo XX, en la Real Audiencia de Quito y posterior República del Ecuador.

Esta obra no es una antología ni tampoco tiene ese anhelo. Aquí no se encuentran breves datos de las autoras en pocas líneas y a continuación dos, tres o cuatro poemas. Es un estudio desarrollado de manera minuciosa, que contiene diez ensayos biográficos de poetas ecuatorianas escritos por Richard Jiménez Almeida. En estas páginas analiza, con profundidad, las tendencias y corrientes literarias en cada época; ubica a los representantes más importantes de cada una de ellas, y sitúa a las escritoras en el contexto

.....

1 Proyecto beneficiario del concurso público en la Línea de Fomento para el Desarrollo de Proyectos Editoriales del Instituto de Fomento a la Creatividad y la Innovación.

correspondiente. Además, selecciona, como muestra de su valioso trabajo, versos que comparte al finalizar cada ensayo.

La lectura de *DisTinta mirada, poetas ecuatorianas* nos conduce a través del tiempo, desde la Real Audiencia de Quito, época en la que las mujeres que escribían estaban resguardadas entre los muros de los conventos, o, en muy pocos casos, en sus hogares. Ellas, las que tuvieron la excepcional posibilidad de tomar tinta, pluma y papel, y lo hicieron de acuerdo con las formas estéticas correspondientes a su tiempo.

Así, en el primer ensayo, se habla sobre Gerónima de Velasco, exaltada por Félix Lope de Vega en su obra *El Laurel de Apolo*, sin dejar de lado a las representantes de los siglos XVII y XVIII. El autor recupera los nombres de las escritoras Teresa de Cepeda, primera poeta criolla y carmelita descalza de estos territorios; Gertrudis de San Ildefonso, monja clarisa, pionera de las escritoras místicas de América; Catalina de Jesús Herrera, autora de su valiosa autobiografía; la riobambeña Magdalena Dávalos Maldonado, intelectual que formó parte de la Escuela de la Concordia, y la misteriosa «Musa Quitense», cuyos versos recupera el padre Juan de Velasco en *Colección de poesías, hechas por un ocioso en la ciudad de Faenza*.

El siglo XIX nos trae el romanticismo, parnasianismo, simbolismo y un inicial modernismo, y a las escritoras de esta corriente. Sin olvidar a los y las poetas que fueron sus máximos representantes y con el propósito de resaltar otros nombres, Richard Jiménez nos cuenta en perfiles histórico-literarios las vidas de Pastora Alomía Delgado, Mercedes González Tola, «Flor del Valle», la tormentosa y sufrida Aurelia Cordero Dávila, y de la «Romancera del Guayas» María Piedad Castillo.

Finalmente, entre los albores del siglo XX y mediados de ese tiempo en el que existe una eclosión de escritoras, se recuperan los nombres de la modernista, contemporánea de los «poetas decapitados» Luz Elisa Borja y su prima Laura Borja Pérez; la polifacética Carmen Acevedo Vega; la rebelde maestra Morayma Ofyr Carvajal y su madre Elisa C. Mariño; la poeta otavaleña, «cantora insigne y la maestra admirable», Lola Orbe, y la, según sus propios versos, «gaviota desplazada del cielo», Mariana Cristina García.

Richard Jiménez Almeida cierra las páginas de este libro con un Colofón, en el que se refiere de manera breve a la poesía actual, y nos invita a leer a las autoras ecuatorianas del pasado, tan necesario para saldar una deuda con aquellas que desarrollaron su arte y, sin embargo, debido a distintas circunstancias, no son aún conocidas ni estudiadas.

Si bien en este primer tomo de la colección *DisTinta mirada* se han recuperado diez nombres de autoras, junto con sus retratos, portadas de sus libros y revistas, son solo una pequeña muestra de todas aquellas mujeres que escribieron versos y que aún están pendientes de ser investigadas, estudiadas, leídas... Con estos ensayos se pretende que las actuales y futuras generaciones, los estudiosos, investigadores y lectores en general, encuentren otras voces, diferentes a aquellas conocidas, que se visibilice a la mujer de letras, y se mire de *distinta* manera la historia de la literatura ecuatoriana.

La editora

Dedicado a Elizabeth Almeida,
no solo mi madre;
sino también mi razón de vivir.

«¿Dónde está la memoria de los días
que fueron tuyos en la tierra, y tejieron
dicha y dolor y fueron para ti el universo?

El río numerable de los años
los ha perdido; eres una palabra en un índice».

Jorge Luis Borges

Necesidad de memoria o adorar el pasado

Todos procedemos de una sociedad específica y formamos parte de ella; también de una cultura o culturas que nos determinan y permiten que nos constituyamos como individuos plenos dentro de una colectividad. Este contexto sociocultural tiene tras de sí una tradición histórica, constituida por hechos y memorias que se procura preservar a lo largo del tiempo, ya que son parte de una identidad colectiva y forman una narrativa sobre la que descansa la identidad individual. Tristemente, aquello que queda al margen pasa a convertirse en algo olvidado.

Al existir —casi siempre— una historia dominante, es preciso examinar aquello de lo que está constituida; muchas veces poniendo énfasis en las omisiones, con la finalidad de tener un panorama eficiente. Este pasado, vuelto historia al materializarse, y que nos es transmitido desde temprana edad, a decir de la socióloga argentina Elizabeth Jelin, cobra sentido al enlazarse con el presente, y, más aún, al volverse parte de un debate.

El acto de rememorar y de reconstruir memorias olvidadas, comunicándolas a otros, restaura las omisiones, silencios o vacíos en la narrativa social y se enriquece así la historia de una nación. No obstante, siguiendo a Jelin, el mismo ejercicio de conservación o recuperación, también genera olvidos cuando se pasan por alto hechos o actores en la selección final de lo que se va a preservar y que será contado. Sería algo utópico pensar en la existencia una memoria absoluta. Sin embargo, ante el temor hacia la pérdida, es urgente recuperar la mayor cantidad de pasado que resulte relevante, con el compromiso de recibirlo y aprender de él. La vía eficiente es volverlo

un producto masivo, con museos, archivos, bibliotecas o fondos que vayan actualizándose constantemente. El simple hecho de producir un libro supone un mecanismo adecuado de difusión.

Esta obsesión por la memoria, esta adoración del pasado, deviene, por la falta actual de interés en conocer lo anterior a nosotros y, a su vez, transmitirlo. Para nuestras sociedades de la inmediatez, el pasado ha dejado de ser importante. Como lo señala el historiador italiano Enzo Traverso, vivimos en un mundo que va obviando las referencias. Por ello es imperativo, al menos de nuestra parte —como interesados en nuestras raíces—, constituirnos en custodios del pasado, en recopiladores de lo que se está olvidando o sigue en silencio. Debemos edificar memorias fuertes, paralelas a las que ya se han constituido como memorias oficiales y que mantienen las instituciones.

Ahora bien, desde este presente, que a su vez se volverá pasado —si ya no lo es—, se ha querido recuperar a autoras ecuatorianas valiosísimas, que deberían volver a formar parte del canon literario nacional, para que luego lo aprenda la presente generación y las que vengan a futuro. Para ello, esta narrativa que se ha construido desde una subjetividad se ha vuelto objetiva al verificar la memoria a través de documentos interpretados, en beneficio de una totalidad. Porque las vidas analizadas tienen sus propios órdenes cronológicos, sucesión de acontecimientos significativos y conexiones. Lo único que se ha hecho es, precisamente, interpretarlas y darles coherencia de acuerdo con los fines perseguidos.

Por otro lado, la tendencia de agrupar a autores bajo una denominación en común, no es solo por facilidades didácticas, sino que obedece a similitudes —con respectivas distancias— en influencias, estilos y tiempos. Entendamos que el talento no es un don que

nace de la generación espontánea, mucho menos es un fenómeno individual. La creación depende del conglomerado social del que el autor forma parte. Aquel que ha sido tocado por la divina inspiración, que contiene en sí la herencia de sus predecesores, se vuelve la piedra que agita las aguas del estanque; de ahí contagia a los otros y se crean grupos.

No existe una literatura nacional en mayúsculas, pura e inmutable, como se tiende a exagerar. Esta ha recibido innumerables influencias foráneas, tiene sus huecos y fallas; pero también tiene un pasado rico que es menester conocer y, aunque suene falaz, lo pensado y lo escrito en nuestro suelo son lo nacional y único.

Primeras manifestaciones poéticas

El tutelaje del cosmopolita escritor ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, respaldado por su indispensable libro *Galería de místicos y de insurgentes* (1959), en el que efectúa un análisis y realiza una visión completa de la intelectualidad ecuatoriana de cuatro siglos (del s. XVI al s. XIX), ha sido el vehículo primordial para una eficiente contextualización. No solo por la erudición del autor, sino por su óptica de poeta, indispensable para indagar acerca de los que desarrollaron la lírica durante aquellos años convulsos.

Antes de la llegada de los españoles a territorio americano, en nuestro continente hubo protoescrituras. En lo que hoy es el Ecuador, por ejemplo, existieron los «libros de barro» de los Quitu Cara, que fueron ideogramas pintados en telas y cerámicas, también labrados en metales; todo con el fin de dejar testimonios de su forma de vida y costumbres en soportes materiales. O los quipus incas, instrumentos de almacenamiento de información con cuerdas anudadas de

diversos colores, destinados a ser interpretados por los quipucamayoc. La mayoría de tradiciones y leyendas, casi el grueso de las cosmovisiones ancestrales, se mantuvieron en la oralidad hasta la conquista, que trajo un nuevo idioma y una nueva forma de escritura. Malo o bueno, los cronistas de Indias se encargaron de registrar y legar a la posteridad lo que pudo haberse perdido de los pueblos precolombinos.

Durante la época colonial, que tuvo su ocaso con la claudicación de Manuel Ruiz Urriés de Castilla y Pujadas, I conde de Ruiz de Castilla —y presidente de la Real Audiencia de Quito—, que fue reemplazado por la Primera Junta de Gobierno Autónoma de Quito, el 10 de agosto de 1809, todo arte estuvo bajo la mirada y aprobación de la Iglesia. Los primeros libros que llegaron a estas tierras, transportados en las bodegas de los barcos, fueron en gran parte catecismos y misales. En 1543 se prohibió llevar al nuevo mundo cualquier libro profano que no hubiera sido aprobado por el Santo Oficio, o las obras sin el visto bueno del Consejo de Indias, o del Rey, como máximas autoridades. La censura fue implacable, tanto así que se prohibieron textos producidos por algunos cronistas, como Diego Hernández, Fray Jerónimo Román o Juan de Castellanos. Las obras que sobrevivieron lo hicieron tras ser mutiladas.

De todas formas, las comunidades eclesiásticas se convirtieron en los centros de aprendizaje de la Colonia. En los conventos y sus alrededores, contruidos sobre las ruinas del devastado Reino de Quito, se instalaron escuelas de artes y oficios, así como universidades. Las escuelas primarias estuvieron dirigidas por maestros de capilla, doctrineros, que, además de enseñar a leer, a escribir, los números o algún oficio, transmitieron la fe cristiana. Estos maestros eran nombrados por el párroco y removidos por el corregidor. En 1537, los

mercedarios fundaron la primera escuela, y, en 1542, por órdenes del cabildo, Juan el Griego estableció una, pero no religiosa. También, hubo aquellas particulares financiadas por los cabildos y los familiares de los alumnos, muchas dedicadas a las personas de bajos recursos económicos.

En cambio, el primer colegio quiteño, el San Juan Evangelista, fue instaurado por la comunidad franciscana, en 1551. El primero fuera de la capital se llamó Santiago de Guayaquil, levantado en 1554 y regido por la comunidad dominica. El Colegio San Andrés, perteneciente a la orden franciscana, se estableció en 1553. De ahí les sucedieron el Colegio de San Nicolás de Tolentino (1581), de los agustinos; el Colegio Real y Seminario de San Luis (1586), de los jesuitas, y el Colegio de San Pedro Mártir (1591), de los dominicos. En estos sitios de estudio se formaba a indígenas, mestizos, criollos y españoles. El programa contemplaba el aprendizaje de aritmética, castellano, carpintería, sastrería, mecánica, pintura, dibujo y música. El idioma latín se lo reservó para los intelectuales, el español era hablado por las autoridades, y el quechua, por el pueblo.

Las universidades tomaron como ejemplo para sus estatutos los de la Universidad de San Marcos, de Lima. Eran regidas por una orden religiosa, autorizadas por el Papa y ratificadas por el Rey. Los centros universitarios más importantes fueron la Universidad de San Fulgencio, fundada por los Hermanos Agustinos, que empezó a funcionar en 1586 —nació a partir del Colegio de San Andrés y del San Nicolás de Tolentino, y fue la cuarta universidad más antigua del continente—; la Universidad de San Gregorio Magno, de la Compañía de Jesús, inaugurada en 1620 —a partir del Colegio Seminario de San Luis, llegó a tener una de las bibliotecas cardinales de toda América—; la Universidad Santo Tomás

de Aquino, de la Orden de Predicadores, creada en 1688 —a partir del colegio San Fernando—; finalmente, en 1786, fruto de la fusión de la universidad jesuita y la dominica de Santo Tomás, apareció la Real Universidad Pública.

Durante la época colonial —que estuvo envuelta por un halo religioso y místico—, aparte de las crónicas, hubo preferencia por la escritura de comentarios teológicos, biografías, poesía, sutilezas jurídicas, libros políticos y algunos tratados filosóficos. La mayoría de los escritores pertenecieron a comunidades religiosas o fueron educados en tales sitios, en los que había mayor facilidad para producir textos. La época independentista traería consigo un interés por las letras de protesta, de revolución y de lucha por los derechos.

La lírica producida en la Real Audiencia de Quito estuvo estimulada enteramente por el Siglo de Oro español,² con predominancia de nombres masculinos; entre las autoras sobresalen santa Teresa de Ávila (1515-1582) y sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695). En este periodo dominó el petrarquismo, con el afán de imitar las estructuras de composición y los tópicos del italiano Francesco Petrarca. También se destacó la poesía ascética y mística de raigambre católico, dedicada a exaltar el espíritu, compartir las experiencias metafísicas, encontrar consuelo y buscar asidero en la eternidad. El barroquismo, de poesía compleja y recargada, y temas de desengaño, de desespe-

2 Periodo histórico de florecimiento del arte y de las letras en España, y replicado en América. El término fue acuñado por Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, en su estudio *Orígenes de la poesía castellana* de 1754. Se considera que el periodo abarcó más de un siglo: entre 1492, año del fin de la Reconquista y del descubrimiento de América, y la muerte de Pedro Calderón de la Barca, en 1681.

ración, amorosos y de inconformismo, con un gusto por la sátira y el humor. El conceptismo, basado en ingeniosas asociaciones de ideas y conceptos, en lo artificioso y sutil: decir todo con lo mínimo. El culteranismo, y su excelso desarrollo de la forma; la búsqueda de la belleza, la riqueza sensorial y la ornamentación.

Durante los siglos del régimen colonial, hasta el alba de la República, tuvimos nuestros propios y alabados autores; algunos nacidos en lo que fue la Real Audiencia de Quito, y otros foráneos, pero que se asentaron en el territorio gran parte de su vida. El poema de mayor antigüedad en el Ecuador —según Carrera Andrade³—, al menos del que se tenga conocimiento, es la *Elegía por la muerte de Atabualpa*, compuesto por el cacique de Alangasí,⁴ en el segundo cuarto del siglo XVI.

Al finalizar el siglo XVI, resaltaron en la Real Audiencia de Quito varios autores, entre los que es ineludible nombrar a Jacinto de Evia (Guayaquil, 1629-último tercio del s. XVII), sacerdote traductor de Ovidio, introducido en la artes poéticas gongorinas por el padre Antonio Bastidas, quien poetizó el paisaje andino y la naturaleza indómita. Ambos fueron influenciados por el gran poeta jesuita Hernando Domínguez Camargo. Jacinto de Evia, tal parece —de acuerdo con la Real Academia de Historia de España—, fue el primer poeta erótico de la literatura ecuatoriana; famoso

.....

3 Carrera Andrade, Jorge (1959). *Galería de místicos y de insurgentes: la vida intelectual del Ecuador durante cuatro siglos, 1555-1955*, p. 14.

4 La poeta y académica Violeta Luna anota que esta pieza en quechua, de «triste musicalidad» y «elaboración clásica», pudo haber sido escrita por un fraile español, ya que solo los religiosos de aquel entonces podían escribir en octosílabos perfectos y rima asonantada.

por su *Ramillete de varias flores poéticas recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años*. En este libro, publicado en Madrid y decano de la poesía ecuatoriana, compila algunas de las producciones de Bastidas, de Camargo, de algunos poetas de la época y las de su propia pluma. Escribió una de las primeras novelas en el Ecuador, titulada *El sueño de Celio*.

En el siglo XVIII ocurrió la eclosión de la lírica de la Real Audiencia de Quito, con autores de la raigambre de Juan Bautista Aguirre⁵ (Daule, 1725-Tívoli, 1786), religioso jesuita que llegó a ser teólogo consultor del papa Pío VII. Fue uno de los magnos seguidores de Góngora; escribió sonetos, lirás y epigramas. Es recordado por su *Poema heroico sobre las acciones y la vida de San Ignacio*. Del mismo modo, paseó su arte Ignacio de Escandón (Cuenca, entre 1726 y 1728-Lima, segunda mitad del s. XVIII), general, poeta satírico y prosista. Compuso una loa en verso a Manuel de Amat y Junyent, virrey del Perú. Difundió en Quito la obra del padre Feijóo y escribió las *Memorias de los varones literatos de este Reino*.

Otro autor destacado fue el jesuita Joaquín Ayllón (Ambato, 1728-Roma, 1808), quien escribió *Arte poética*, editada en 1894 por el presidente de la República Luis Cordero Crespo. Asimismo, sobresale Ramón Viescas (Quito, 1731-Rávena, 1799), jesuita, teólogo moral, poeta, prosista y polemista. Maestro de la poesía festiva y digno sucesor de Quevedo, por su ingenio burlón. Fue

5 En 1918, el escritor, ensayista y diplomático ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide lo sacó del olvido gracias a su artículo *Un Gran poeta guayaquileño del s. XVIII, el Padre Juan Bautista Aguirre*.

compañero de Eugenio Espejo en la Universidad de San Gregorio, Espejo lo elogia en *El nuevo Luciano de Quito*. José Orosco (Riobamba, 1733-Rávena, 1785), por su parte, perteneció a la Compañía de Jesús, y fue filósofo y poeta. Estuvo inspirado por el maestro español Nicolás Fernández de Moratín. Su hermano Manuel escribió el estimable poema en décimas, dividido en tres partes, *Lamentos de la musa de Chimborazo aflijida con las penas de su destierro*. José Orosco, en cambio, compuso un poema épico de 143 octavas reales, estructuradas en cuatro cantos, titulado *La conquista de Menorca*. Juan Celedonio Arteta Larrabeytia (Guayaquil, 1741-Rávena, 1796) fue otro sacerdote jesuita, versificador latino y autor de algunos tratados teológicos. Sus poemas, alabados por expertos, se conservan gracias al padre Juan de Velasco —el mayor historiador que ha dado el Ecuador, autor del monumental libro *Colección de poesías, hechas por un ocioso en la ciudad de Faenza*, que recoge poemas escritos por diversos jesuitas en el destierro—.

Entre los escritores renombrados se destaca, entre otros, Ambrosio Larrea (Riobamba, 1742-Faenza, 1773), sacerdote, intelectual y poeta, que ganó su fama en el exilio. También, José Murillo, erudito culterano, quien escribió un poema en octava real, dedicado a Juan Pío de Montúfar y Larrea-Zurbano, II marqués de Selva Alegre —cabeza de la Primera Junta de Gobierno—, titulado *La breve vida de la mejor azucena de Quito*. El ilustrado Eugenio Espejo lo inmortalizó con su sátira en los diálogos de *El nuevo Luciano de Quito*. Igualmente vale mencionar al cura cuencano Sancho de Escobar, poeta y orador insigne, miembro de la Escuela de la Concordia. A Mariano Andrade, religioso jesuita, expulsado

de Quito junto con sus compañeros de la orden a causa del decreto dispuesto por el rey Carlos III de España, en noviembre de 1767. Andrade escribió el poema *Despedida de Quito al salir desterrado*, en el que expresó su pesar y las circunstancias alrededor del hecho. Al cuencano Pedro Barroeta, traductor de Horacio, director de la Real Biblioteca Pública y conocido por su extenso poema *La Pasión de Cristo*. Y al padre Nicolás Crespo, nacido en Cuenca, de quien se sabe escribió en latín una Elegía conmovedora para llorar el destierro de la Compañía de Jesús.



Gerónima de Velasco (retrato figurativo)

**Richard Jiménez Almeida «Neal Moriarty»
(Quito, 28 de noviembre de 1988)**

Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y máster en Estudios de la Cultura (mención Literatura Hispanoamericana) por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito. Fundador y director de la revista literaria independiente *Matapalo*, y cofundador de la revista *Heptaedro*. Ha colaborado en varios cafés filosóficos y recitales poéticos en Quito. Ha participado en talleres de escritura y lectura precedidos por Huilo Ruales Hualca, Juan Carlos Cucalón y Raúl Serrano Sánchez. Investigador independiente, redactor, corrector de estilo y documentalista en diario *El Comercio*, de Ecuador. Colaborador recurrente de la revista *Máquina Combinatoria*. Ha publicado una biografía novelada sobre el poeta Gastón Hidalgo Ortega, dentro del libro *Los 7 que fueron cinco, y viceversa* (Efecto Alquimia, 2017). Seleccionado en la antología internacional *2020 S.O.S.* Participe de la colección *Letras Rebeldes 2*, con un ensayo acerca del quehacer político del poeta David Ledesma Vázquez (Efecto Alquimia, 2021). Segunda Mención Honrosa, Categoría Poesía, en el XVII Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro, de Lebu, Chile. Primera Mención de Honor en el III Concurso Nacional de Poesía David Ledesma, de Guayaquil, Ecuador.

Agradecimiento

Al Ministerio de Cultura y Patrimonio y al Instituto de Fomento a la Creatividad y la Innovación, a sus autoridades por el apoyo a este proyecto. A Andrés Viera Vásquez, Marieliza Vásquez Cobo y Gabriel Caicedo Hernández, por su gestión y ayuda.

Al personal de la Biblioteca Nacional del Ecuador Eugenio Espejo, Biblioteca de la Casa de la Cultura Benjamín Carrión Núcleo de Imbabura y Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, sitios en los que reposan documentos y libros que han servido de fuentes para la realización de esta colección. A los investigadores, historiadores y escritores que generosamente me ayudaron con su conocimiento en entrevistas y reuniones. A quienes me abrieron sus bibliotecas privadas para que pudiera hurgar en los libros y revistas, y además, me obsequiaron algunos ejemplares.

Al equipo que formó parte del proyecto y colaboró en cada etapa para la creación de la colección *DisTinta mirada*. Los escritores Magdalena Venegas Rivera, Teolinda Calle Barreto y Richard Jiménez Almeida; al ilustrador y diseñador, Julio Flores Ruiz; a la correctora de estilo, Pilar Cobo. A Vanessa Flores Venegas, por su gestión, ayuda y acompañamiento en la administración.

Como el proyecto planteado sobrepasa la publicación de productos editoriales, agradezco también a quienes fueron parte del proceso de creación de la plataforma virtual y página web; los videos literarios, programas virtuales, booktrailer, caja de experiencia literaria, biblioclubs entre otros. A Hugo Carrión, Rossana Flores Venegas, Rosángelos Carrión Flores; Francis Mielles y Sebastián Cárdenas. A las empresas: Centro de Investigación Imaginar; Instituto SantaFe; Studio 21, diseño gráfico, publicidad e impresión; Emepecé Asesoría Lingüística; Biodiverso; Alibú; y al colectivo cultural Efecto Alquimia.

Contenido

Advertencia literaria por Ximena Flores Venegas.....	5
Necesidad de memoria o adorar el pasado.....	9
Gerónima de Velasco.....	20
Pastora Alomía Delgado.....	42
Mercedes González Tola.....	50
Aurelia Cordero Dávila.....	60
María Piedad Castillo.....	68
Luz Elisa Borja.....	78
Carmen Acevedo Vega.....	90
Morayma Ofyr Carvajal.....	102
Lola Orbe.....	116
Mariana Cristina García.....	126
Colofón.....	131
El autor.....	134
Bibliografía.....	135
Agradecimiento.....	143



La colección *DisTinta mirada, poetas ecuatorianas*; *DisTinta mirada, prosistas ecuatorianas*; y *DisTinta mirada, escritoras y políticas ecuatorianas* terminó de imprimirse en Quito, en mayo del 2022. Se realizaron 300 libros de cada tomo. Se entregaron ejemplares a varias bibliotecas del Ecuador para que sean accesibles a las generaciones actuales y futuras.

Ministerio de Cultura y Patrimonio
Instituto de Fomento a la Creatividad y la Innovación
Ximena Flores Venegas



Esta obra no es una antología ni tampoco tiene ese anhelo. Aquí no se encuentran breves datos de las autoras en pocas líneas y a continuación dos, tres o cuatro poemas. Es un estudio desarrollado de manera minuciosa, que contiene diez ensayos biográficos de poetisas ecuatorianas escritos por Richard Jiménez Almeida. En estas páginas analiza, con profundidad, las tendencias y corrientes literarias en cada época; ubica a los representantes más importantes de cada una de ellas, y sitúa a las escritoras en el contexto correspondiente. Además, selecciona, como muestra de su valioso trabajo, versos que comparte al finalizar cada ensayo.

Ximena Flores Venegas

ISBN: 978-9942-42-161-6

